

Los últimos cómplices del capitalismo

No es difícil en desenmascarar los últimos cómplices del capitalismo, los traidores de la clase obrera: los socialistas.

Ya durante la guerra europea, los socialistas se mancharon las manos de sangre politizando con los capitalistas rapaces de carne humana.

Vimos en esa época, 1914-1918, individuos como Alberto Thomas, Vanderveer, Noske, y toda la socialdemocracia alemana y la four-parti inglesa entrelazados con sus capitalistas respectivos y superpatriotas para la gran carnicería humana.

La paz vino y nuestros flamencos socialistas continuaron llamándose pacifistas y redentores de la clase obrera. Más luego, cuando el capitalismo internacional tenía que fortalecer y consolidar el régimen de robo y asesinato que les favorece la explotación del hombre por el hombre, nuestros buenos líderes del socialismo oficial y legal se sentaron al lado de sus amos a comer a dos carrillos a la salud del proletariado y de las víctimas inocentes que nombre la "patria en peligro" habían inmolado.

En una palabra: continuar a engañar y traicionar a la clase productora.

Y en ese sentido vemos en Inglaterra que los laboristas gobiernan; en Bélgica, en ser la mayoría en los Parlamentos.

¿Qué han hecho en esos países nuestros socialistas? sencillamente y modestamente han imitado sus colegas burgueses: tergiversar, robar y asesinar el nombre de la autoridad gubernamental.

Podríamos decir, que hasta han sido más crueles que los propios burgueses y reaccionarios.

Ahora bien, en estos tiempos inseguros y confusos, por lo que res-

pecta a España, los colaboracionistas del abyecto régimen dictatorial de Primo de Rivera y colaboracionistas de la fatídica casa Borbón, no contentos de ser enchufistas en la República tan soñada para el engaño, se hacen los cómplices directos de la burguesía medieval española. ¡Más aún, son los defensores más acérrimos de la asesina guardia civil, representación genuina de los monárquicos y de la monarquía; de los intereses capitalistas; defensores de una burguesía ignorante e inhumana.

¡Hay que tener poco raciocinio e irreflexión en el de las "buenas" palabras de esa gente tan poco escrupulosa, con tanta "recomendación" y afirmación burguesa y capitalista!

¡Hasta cuándo los trabajadores van a continuar con los ojos ciegos y servir de rebaño a esa gentuza que al fin y al cabo la única finalidad que tienen y tienden es vivir a costa del proletariado sin trabajar, sin producir, cosa de estilidad humana?

Los últimos cómplices de la burguesía española, son tan reaccionarios como sanguinarios!

Las pruebas son tan evidentes, desde hace tiempo, que en cuanto se implantó la República de "trabajadores" (?) en España, sus hazañas no tienen límite.

Los últimos acontecimientos pasados no son más que una afirmación más a la poca vergüenza y al cinismo de nuestros enchufistas, con la careta de "obreristas", que ronzados. Los enemigos no sólo "Trabajadores" es hora ya de lo están enfrente sino también entre nuestras filas, con el nombre de "socialistas" o "comunistas". Todo lo que representa Estado, es enemigo del pueblo.

Pierre SAYAS

El grupo CONSTRUIR envía un saludo fraternal a todos los grupos y camaradas

¡Salud y Anarquía!

Camaradas: En estos tristes tiempos en que de una manera sistemática, incomparablemente bárbara y cruel, el Estado persigue a sangre y fuego todo aquello que tiende a la superación humana; todos aquellos nobles y desinteresados defensores del ideal de justicia y libertad.

Siendo arrastrados los unos hacia el destierro, hacia los trabajos forzados, en países inhospitalarios donde sus inseparables compañeros son las numerosas epidemias que guarda ese tropical país, plantándose así de nuestra compañía a la tierra de la muerte...

Otros hermanos... son también encerrados en lúgubres mazmorras por el gran crimen de trabajar por una sociedad mejor, es decir que los nombres cambian pero el sistema no; hoy nos encontramos como en los mejores tiempos inquisitoriales.

A diario contemplamos injusticias y crímenes que no tienen precedentes en la historia del movimiento español, intentando con estas criminales mantobras, los tiranos de nuevo cuño, deshacer nuestra gloriosa C. N. T., desmoronar los trabajadores... hacer retroceder el ideal anarquista jerror craso de nuestros tiranos nada lograrán con su intento, por el contrario más cruenta lleven a cabo la represión más honda, se abraja la idea de justicia en el corazón del pueblo y mayor es su amor por la verdadera libertad, no la de promesas, sino de hechos. A pesar de las coacciones y atropellos, nuestras ideas tonian incremento arrollador, desde las ciudades hasta los pueblos más lejanos, y de un extremo a otro. España pide la Revolución social, Revolución que se llevará a cabo quizás en breve plazo por encima de los fusiles homicidas de la guardia civil, las pistolas de los del "asalto", y a pesar de los que nos tildan de "asesinos" con carnet.

Nosotros, comprendiendo que la inocencia es la muerte, que ni por un minuto más podemos estar separados en la defensa de nuestros hermanos caídos, y mucho menos permanecer indiferentes ante este sin-

fin de atropellos criminales que venimos siendo víctimas los trabajadores, debemos salir al paso; sea como sea.

Unos cuantos jóvenes enérgicos y entusiastas defensores del ideal grande y humano que es el ideal anarquista, hemos constituido un grupo que lleva por nombre "CONSTRUIR".

Ninguna promesa hacemos, lo que prometemos es que con letras, queremos plasmarlo en la vida.

con hechos... como anarquistas, venimos a destruir lo viejo, lo cóctico, lo malo, y luchar contra los tiranos del pueblo.

Venimos a aportar a las ideas todo lo que sabemos y podemos. Esto es todo.

Un saludo y abrazos fraternales a cuantos sufren los rigores de la tiranía; desterrados, presos y perseguidos.

Salud y Anarquía.

El grupo "CONSTRUIR"

Anacronismos

Sabemos que todo pasa, que todo se transforma y nada perdura. No obstante, hay cosas que aun transcurrida ya su época se adhieren tenazmente a la actualidad. Llevan tras de sí toda una serie de atávicas reminiscencias que les dan impulso y falsa apariencia.

Así ocurre con las religiones y con los apostolados políticos. Son legados del pasado. Quizás tuvieron su tiempo adecuado; tal vez en un pretérito ya bien lejano pudieron tener un justificativo. Hoy ya no es así. Sólo subsisten porque la tenacidad humana es infinita. Unos, acuciados por la conveniencia material, derivada del envilecimiento moral, se hacen guardadores, propagadores de tales anacronismos. Los más, en mansa reata, siguen y asienten a todo.

Lo que mayormente puede conmover el basamento de tales concepciones es la duda. La duda rebusca; es un estilete que se adentra en la corporeidad de las cosas, rasga las envolturas y permite observar lo que abriga en su seno. De ahí que en todos los tiempos aquellos que han sido profesionales de dogmas e insituciones han condenado la duda. La duda nos ha enseñado a hurgar, a violar lo prohibido. Hemos visto el esquelético armazón que sostenía la imposibilidad de todo lo venerado. Y entonces fácil nos ha sido comprender que quien aboga por ideas de religiosidad o levanta el señuelo político, de hecho no hace más que defender lo arcaico; lo que solo puede tener en aprecio el que es: o muy ignorante o un hipocrita redomado. Estos son los mayores anacronismos de nuestra época. Los que más hondo arraigo han tenido en la humanidad.

Luego, de otra índole, siguen otros anacronismos; de los que incluso entre los núcleos de individuos de pensar más extremista se notan huellas, matices más o menos acentuados. Por ejemplo: hay quien con evidente razón, adjetiva de fetichista al católico que en las paredes de sus habitaciones tiene la efígie de alguno o de algunos de los componentes de la llamada Corte Celestial, como son: San Juan, San Pablo, Santa Teresa, etc. He conocido y conozco algunos libertarios que tienen en marco relicto, y los hay que los colocan en la cabecera de la cama — no es broma — los retratos de Francisco Ferrer, Eusebio Reclus, Miguel Bakounin, etc. Y lo curioso del caso está en que la mayor parte de quienes tanto afecto parecen sentir por esos pensadores, apenas si conocen las obras que han producido. Ello es también resabio del pasado; perdurabilidad de la adoración para con los considerados superiores.

Hay también quienes, en sus lecturas, recurren invariablemente a manidos argumentos que pudieron ser de interés hace veinte o treinta años. Se obsesionan por algún autor, cuyas teorías, por parte de la crítica contemporánea, han sido tiradas al desván de los cachivaches inservibles. En literatura, en el dominio de las especulaciones morales puede hacerse abstracción del tiempo. Cuando son obras de autores selectos tienen un valor perdurable. Pero, en lo que a la ciencia concierne, es necesario recurrir a las comprobaciones más recientes, conocer las últimas opiniones. Haciéndolo así, el individuo se pondrá a tono con la época; demostrará su cultivada espiritualidad, y por consiguiente, las iniciativas que aporte, en cualquier parte que se halle, tendrán una eficiencia verdaderamente progresiva.

Los anacronismos son múltiples, y es fácil observarlos en la vida cotidiana de los individuos. A veces en un supuesto idealista, notamos unas palabras; ciertos pequeños detalles que alisadamente considerados opinamos no tienen importancia. Olvidamos que en la vida de relación forman un encañamiento, y gravitan después sobre quienes no iniciados en las ideas anhelan seguir el ejemplo de los hechos que informan el haber de quienes proclaman un ideal. Si los hechos son deficientes, el ejemplo será nefasto. Y más que la pura teoría, es el reflejo de los actos lo que capta pronósticos.

De ahí que debemos esforzarnos por extirpar todo cuanto de anacrónico haya en nuestra mentalidad.

EVELIO G. FONTAURA

Nadie debe conformarse a morir de hambre. Cuando en el hogar del obrero falta el pan, hay que tomarlo de donde lo haya. Sólo los cobardes se dan por venidos e imponen limosna.

¡Obreros! Ya que el gobierno, los burgueses, los millonarios y los cu-

ras ferrocarril y entropian lo que a vosotros os falta y pertenece, rebelaos contra los curas, los millonarios, los banqueros y contra el gobierno que tan descaradamente les protege.

¡Todo, antes que morir cobardemente de hambre y de vergüenza!

La función de las minorías

En torno a la función de las minorías en la lucha social y en todos los movimientos de progreso, se ha vuelto lugar común era de manifestar que "la razón se halla de parte de las minorías", que "las minorías hacen la historia", que "las revoluciones son siempre obra de las minorías", etc.

Necesario es recoger con cautela estas afirmaciones axiomáticas, de carácter paradójico. Siempre encierran un rayo de verdad, mas no toda la verdad. Porque a fuerza de repetirlos, se acaba por darles un significado por demás literal, o por extender su significación más allá de los límites que la lógica y la realidad permiten. Y a veces, hasta se llega así a conclusiones prácticas muy opuestas a aquellas que se deseaba lograr.

Con todo, es menester ponernos de acuerdo precisamente acerca de la cualidad de las minorías. La minoría, en toda sociedad, no es nunca una sola; existen otras minorías. En general, la sociedad es una gran masa estática, en cuyo seno se mueven diversas minorías dinámicas. Las mayorías, por otra parte, se adaptan al hecho consumado, aceptan las cosas como son, procurando sacar la más grande utilidad, vale decir, que se movien dicatramente por la vía del mínimo esfuerzo, hacia adelante o hacia atrás, conforme a los intereses inmediatos o al impulso que reciben de las minorías más fuertes y más activas. Pero estas minorías tanto pueden ser regresivas como progresivas, esto es, pueden ser o revolucionarias, y si predominan las reaccionarias, tenemos la contrarrevolución aun sin revolución. No basta, pues, que una minoría sea tal para "tener razón"; también hay minorías que "no tienen razón". Minorías existen, moral y políticamente superiores a las grandes masas estáticas y conservadoras; no obstante, son también inferiores, y frente a ellas las grandes masas representan ya un ciclo superior de civilización.

Pienso, en este momento, en la innarrable tragedia histórica de la Italia actual. El pueblo italiano, tras cincuenta años de esfuerzos y de luchas por el bienestar y la libertad, había alcanzado una etapa civil la cual, treinta o cuarenta años atrás, hasta a nosotros mismos nos hubiera parecido inviolable. Pues bien, una infima minoría, brotada del infierno de la guerra, se impone destruyendo a hierro y fuego todo el progreso construido con tanta fatiga. Ninguna razón ha tenido a su favor esta minoría, ignorante por lo demás de sí misma; sin embargo, ha triunfado, incorporándose a la Historia europea, hasta volverse un grave peligro para toda la civilización humana.

Ejemplos semejantes, quizás con menor proporciones de intensidad y duración, pueden encontrarse asimismo en otros países. Justamente estos ejemplos demuestran que la civilización y el progreso tienen, ya delante, ya a la espalda o en su propio seno, fuerzas de minorías que los acechan y constituyen amenazas para su existencia, y que no es verdad eso de que en las minorías, por el hecho de serlo, se incube el porvenir de la humanidad. Tan evidente es esta verdad que puede considerarse lapalissana. No hace falta insistir; más vale la pena llamar la atención sobre ella para no dejarse desorientar por un corrientísimo lugar común, muy difundido también entre reaccionarios y revolucionarios de todas las tendencias.

Como se comprenderá, no habría tomado la pluma sólo para explicar una incongruencia que se desvanece no bien se la mira de cerca. Con todo, no deja de ser error grave cuando se analiza la función de las minorías en el progreso social, aunque únicamente consideremos como minoría a la que anhela empujar hacia adelante a la sociedad, en una palabra, a la minoría revolucionaria. El error consiste en atribuir a las minorías progresivas una

función y una capacidad distintas y superiores a las que realmente les pertenecen.

La verdad es que todo progreso parte de las minorías. Sen progreso en el pensar, sea progreso social y material, es fruto del descontento humano, del deseo innato en cualquier hombre de mejorar, de ver y de ir más lejos y más arriba. Mas, el descontento, encuentra un freno en el apego a la vida que, en el temor a los riesgos que todo cambio implica. De esta manera, el descontento se enciende al principio en los pocos que más sufren — sobre todo moralmente — de la estrechez de un ambiente en el que se sienten aislados. En ellos, cuya energía es siempre excepcional, se desarrolla el espíritu de lucha y de rebelión, el amor al peligro, y, poco a poco, forman una minoría la cual, creciendo mucho numéricamente, se torna en algo así como el fermento de toda la masa, indiferente e insensible en apariencia, que le rodea. La influencia de esta minoría vase expandiendo, y llega un momento en que las necesidades sentidas al principio sólo por unos pocos, se convierten en tendencias y aspiraciones, quizás menos profundas, de muchos. Las ideas de los pocos, aun en forma imprecisa y confusa, penetran en los más y ganan su inconsciente simpatía. Todo esto lento trabajo, casi invisible, se denomina evolución. Eusebio Reclus lo comparaba con las aguas que hallan en su curso un obstáculo que les impide desembocar; las aguas, se acumulan quietamente durante algún tiempo, hasta que el caudal se ha hecho tan grande que la obstrucción ya no resiste más a la presión de las aguas. Entonces, ni más simple roce, casual o voluntario, que reciba el obstáculo, éste se deslompa y las aguas se precipitan hacia adelante. Es la revolución.

Esté símil, no significa que la revolución posea un carácter propio de fatalidad, ajeno a la voluntad del hombre. En la sociedad humana, las cosas ocurren en forma distinta a los fenómenos materiales; lo que en éstos está representado por el azar, en aque-

llas se halla determinado por la voluntad. La voluntad de las minorías progresivas, — voluntad activa y no pasiva, se entiende — es la determinante de la revolución. Explicámonos: la determinante del estallido que abre la vía a la revolución. Porque no basta que la minoría revolucionaria quiera y obre, para que la revolución venga. Ello es indispensable, sin duda, mas no suficiente por sí mismo. Retomando el símil más arriba expuesto, es necesario un empujón para que el obstáculo caiga, pero el empujón sería insuficiente si detrás del obstáculo no se hallase acumulada toda una masa de agua que tienda con energía a pasar adelante.

Así en el mundo social. Los hombres aislados, las pequeñas minorías, una vez en posesión de una conciencia nueva, a la par que esparesen semillas de progreso acuden el ambiente a cuyas imposibilidades se rebelan. Claro está que, mientras el ambiente no se halla adecuadamente preparado, en tanto necesidades nuevas no se hayan desarrollado en el seno de las grandes masas en armonía con las ideas nuevas, el empujón, la rebelión no logran provocar el cambio anhelado. De cualquier modo, la rebelión, en el pensamiento y en la acción, no es inútil; sofozada, pasa a la Historia como antelapada a su hora, y si el heroísmo y el martirio la iluminan, contribuye a preparar tiempos mejores, a despertar ánimas dormidas, a hacer fermentar turbas mayorías. Sirve para preparar la revolución de mañana, aunque no es la revolución, ni alcanza a determinarla. Sólo cuando la minoría rebelde, merced al apostolado y el ejemplo, y además con el concurso de las circunstancias, consigue agitar suficientemente gran parte de las mayorías amorfas, empujarlas o arrastrarlas y conquistar su simpatía, sólo entonces, con su rebelión, puede provocar todo el derrumbamiento de un régimen o iniciar el curso de la revolución.

Únicamente en este sentido es exacto decir que "las minorías hacen la revolución". Aunque con mayor justeza

La C. N. T., la F. A. I. y la Revolución Española

España es una de las naciones del mundo donde más se han propagado las ideas anarquistas. El libro, el folleto, el periódico y la proclama revolucionaria han circulado profusamente por la fábrica, el taller, la mina y el campo. Muchos propagadores han errado por las ciudades y las campiñas esparciendo semillas de libertad y redención humana.

El campesino español y el trabajador industrial se han conmovido al influjo de la propaganda anarquista. La esclavitud sin límites ni precedencia que ha padecido el pueblo español ha contribuido poderosamente en el movimiento de insurrección que constantemente se venía incubando en las entrañas de las masas oprimidas. Y, a pesar de su analfabetismo declarado, es uno de los pueblos más avanzados y más sensibles en el orden de las ideas y la libertad.

Gobernado siempre por gente rica y sin escrúpulos, no le ha sido posible alcanzar aquella cultura que se precisa para ejercitar normalmente el derecho a la liberación y la igualdad que le pertenece. Los defensores de los privilegios y las diferencias sociales han ladeado al pueblo de los movimientos de transformación que en el curso de la historia se han operado en España. Ese dique reaccionario que tantos siglos ha contenido las aspiraciones de justicia de las masas, ahora vacila y se resquebraja a la presión continua y persistente de las mismas aspiraciones populares.

En decadencia ya las monarquías españolas, y al mismo tiempo imponentes para detener la fuerza que las arrollaba, Estanislao Figueras pudo gritar desde las puertas del Congreso, ante una multitud inmensa y agitada: "¡Si las Cortes no se pronuncian por la República, no saldremos vivos del Parlamento!" Meses después, incapaz el nuevo régimen de encauzar los movimientos de campesinos que por doquier surgían, no sabiendo interpretar las verdaderas ansias del pueblo, y no atreviéndose a combatir las fuerzas y los intereses del régimen venecido, un general cualquiera — Pavia — disolvía a tiros las Cortes republicanas.

Provocado el golpe reaccionario, el pronunciamiento de Sagunto erigió al trono a otro de los Borbones. Por culpa de los republicanos, que al subir al poder se giraron de espaldas al pueblo, pudo reinar en España Alfonso XII.

Toda la actuación monárquica que precedió a la restauración de los Borbones fue una guerra incesante contra la corriente social que, desde las entrañas del pueblo, pugna por fluir en la superficie de la vida política del país.

Incontenible la ley de evolución que empuja a los pueblos por el camino de la justicia y la libertad, la revolución se iba manifestando violenta: ora en movimientos huel-

de manera perceptible y, a veces, guistosos del proletario contra la burguesía, ora del pueblo en masa prendiendo fuego a Iglesias y conventos, para impedir que el gobierno llevase a tierras africanas — camino de la muerte — a millares de jóvenes españoles. Unas veces era tiranizada Anguillillo quien mataba a Cánovas del Castillo, otra Maura el que ordenaba fusilar al creador de la Escuela Moderna, Francisco Ferrer. A copia de víctimas y sacrificios, mientras el pueblo sufría la más encarnizada de las represiones, la revolución desizándose por su cauce, pacífico unas veces y otras sangriento.

Ya mayor de edad Alfonso XIII, y siguiendo la misma sangrienta trayectoria de su padre, el proletariado español consigue organizarse nacionalmente con un espíritu y una tenacidad revolucionaria sin precedentes en la historia. Después de, asambleas y reuniones de las ciudades obreras, animadas casi todas por los anarquistas que se educaron en las tácticas y los postulados de la Federación Obrera Regional Española (sucursal en España de la Primera Internacional), se constituyó en Barcelona la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.).

La C. N. T. surgió para dar el golpe definitivo a la monarquía. Sus militantes han desplegado una actividad maravillosa que ha sido el asombro de los mismos gobernantes. Organizados cerca de un millón de trabajadores bajo los pliegues de su bandera, ha golpeado siempre los cimientos del Estado; ha hecho vacilar a muchos gobiernos y ha sido la esperanza risueña de todo el proletariado español. Un día y otro día, con insistencia machacona y continuada provocó el derrumbe del régimen dinástico de los Borbones. Completamente débil la monarquía para detener el empuje de la Confederación Nacional del Trabajo, Alfonso XIII encontró un puntal transitorio en la dictadura de Primo de Rivera.

Ningún partido político ni fracción revolucionaria atreviése e enfrentarse con la polcaada del general Jerezano, que fué un recurso de defensa, un baluarte, más espectacular que real, de toda la clusma plutocrática, teocrática y aristocrática que se cobijaba bajo el manto real de una monarca idilizada y corrompido por lujuria biológica y degeneración personal.

La cobardía de esos partidos que actualmente suministran los destinos de España; que tan inleuca y fatalmente combaten la actuación y el historial de la Confederación Nacional del Trabajo; que han esperado que la monarquía cayera bajo el peso de su pedreguero para continuar la obra de plutocracia internacional; la cobardía de esos partidos, reptó, consintió que un general borracho y sin cultura sostuviera el régimen borbónico, aplas-

de cada uno. Un pequeño progreso voluntario, en armonía con las tendencias generales de las masas, es real y duradero. Un progreso grande en su apariencia externa, pero que no es comprendido ni sentido, por la colectividad a la cual ha de servir, y que además viene impuesto por la coacción, es enteramente ilusorio y al primer susurro de la fronda desvanécese cual nieve al sol, dejando detrás suyo las pobres desilusiones y una regresión mayor.

La tarea de las minorías, entonces, sea en el campo del pensamiento como en el de la acción, en todos los progresos sociales pequeños y grandes, en la evolución como en la revolución, es la de abrir el camino de la humanidad, esto es, constituir el fermento que excite las grandes masas, sembrar entre éstas los gérmenes de las futuras conquistas, experimentar y volver a experimentar las nuevas verdades entrevistas, afirmar las ideas nuevas y defenderlas con la lucha, la rebelión, el sacrificio y el ejemplo, y, en fin, adquirir la fuerza, apilar los obstáculos materiales que impiden a las mayorías humanas andar por la vía que creen mejor.

Cumplida esta labor, otro período histórico comienza. Tal vez se definan minorías progresivas nuevas, que no serán más las antiguas, o, si éstas hubiesen conservado suficiente juventud, poco a poco se distinguirían otra vez sobre las mayorías nuevas, e iniciarían otro fecundo trabajo de lucha y de rebelión en pos de sucesivos progresos. Si así no hicieran, si se durmieran sobre sus laureles pasados; por qué, si pretendieran disfrutar los sacrificios realizados para tornarse los aprovechadores de mañana, los explotadores de las mayorías, entonces también podrían seguir como minorías, pero no serían más las minorías de vanguardia sino de reloguaria, minorías estáticas y regresivas.

Luigi FARRI

Montevideo, enero de 1932.